

*Hay una grieta en todo,
así es como entra la luz.*

Leonard Cohen

*Y cómo huir cuando no quedan
islas para naufragar.*

Joaquín Sabina



Índice

I. EMPEZAR PORQUE SÍ, ACABAR NO SÉ CUÁNDO	13
II. TE HE DICHO QUE NO MIRES ATRÁS PORQUE EL CIELO NO ES TUYO	180
III. HAY QUE EMPEZAR DESPACIO A DESHACER EL MUNDO	251
IV. LARGUÉMONOS, CHICA, HACIA EL MAR. NO HAY AMANECER EN ESTA CIUDAD	377
NOTA DEL AUTOR	385



I
EMPEZAR PORQUE SÍ,
ACABAR NO SÉ CUÁNDΟ¹

1 *Deshacer el mundo* de E.Bunbury. Héroes del Silencio



1

Antes de que se complicase la vida, había música en cualquier esquina del pueblo. A veces, el viento del norte, que entraba por el barranco de María, movía las cuerdas de los tendederos de ropa repartidos por todos los patios y corrales y producía un sonido parecido al de los violines. En otras ocasiones, el sonido provenía de los *pizzicatos* que los aviones fabricaban al levantar el vuelo desde los cables del teléfono o de los chillidos de los vencejos mientras rasgaban el aire en cortejos eléctricos. Los pocos días en los que el arroyo de la Luna, que partía el pueblo en dos, cumplía con su obligación de llevar agua, la mejor música del mundo, la que produce el agua de un arroyo abriéndose paso entre las piedras de su cauce, entraba en las casas cercanas e inundaba todas sus estancias de frescas melodías. La lluvia abundante de marzo se convertía en las notas graves de los violonchelos cuando impactaba con las chapas de algunos tejados. Todo era música. El tempo de la vida local venía marcado por el ritmo de los martillazos que salían de la fragua de Marcial, ubicada en el Barrio Alto, que sonaban igual que el triángulo en una gran orquesta; también por el sonido de los golpes de las vagonetas de las minas de La Humilde al detenerse en los descargaderos o por los certeros hachazos de Elvira, la carnicera, descuartizando un borrego tras otro en su puesto del mercado. Los platillos se asemejaban a los golpes de las cubetas que destrozaban la tranquila lámina de agua del pozo de la Fuente, mientras los coros incesantes de las mujeres, que esperaban

su turno para acarrear el agua a sus casas, se mezclaban con el ruido de los cascos de las caballerías de los arrieros sobre las calles empedradas, con las canciones de los aceituneros, con los cantes aflamencados de los mineros que se escapaban de las tabernas, o con las jotas que los pastores de la meseta enseñaban a los niños cuando pasaban por allí buscando los pastos invernales.

Antes de que la guerra estropeara la armonía del pueblo con acordes violentos y desacompasados, antes de que todo sonase a Wagner —rotundo, contundente, amenazante— y la guerra tensara hasta romper las cuerdas de la convivencia, la vida era lenta y tranquila y proyectaba una paz sencilla sobre los campos cansados y callados de la sierra. Lo hacía igual que lo harían, en cualquier oído sensible, las primeras notas de «La mañana», de Peer Gynt.

Antes de que todo se fuese a la mierda, los días se desperezaban dulcemente, de la misma manera que Edvard Grieg concibió el inicio de su composición. Las flautas y los oboes entraban de puntillas en las habitaciones y abrían los postigos de las ventanas sin hacer ruido, intentando no soliviantar a los durmientes. Entonces, comenzaban a sonar de una manera dulce y sencilla y se unían los violines, cuyas cuerdas, al ser frotadas, producían un cosquilleo como el de una pluma en la espalda. La música iba desarropando a la mañana al calor de un sol suave que, despuntando sin prisa, se colaba hasta las entrañas de la tierra, invitando al pueblo a despertarse plácidamente, a levantarse, a sentarse a la mesa delante de un buen hoyo de aceite y un café de pucherete, a meter en las talegas de los mineros, aparte de la fiambra con la comida, todas las promesas que la República había ido lanzando en los últimos cinco años.

Musicalmente hablando, el pueblo se podía comparar también con el bolero que Ida Rubinstein, la belleza enmarcada de la *Belle Époque*, le encargó a Maurice Ravel. Igual que esa composición, la vida en el pueblo era monótona, repetitiva, obsesiva, extenuante en ocasiones y carecía de muchas de las notas que componían la banda sonora de la capital, pero tenía la sobriedad y la fuerza de aquellas gentes que nacieron con las vísceras encallecidas.

La vida, como el bolero, avanzaba *in crescendo* a pesar de las adversidades, del olvido y de las zancadillas que las administracio-

nes lejanas e insensibles le ponían a la sierra, chantajeada siempre para que soltase sus minerales a cambio de la migaja de una carretera miserable o de la propina de un tren que trataba mejor a los minerales, que viajaban hacia la costa, que a las personas. La sierra siempre fue dueña de la razón, pero constantemente fue derrotada por la historia.

Cuando todo se fue a la mierda, se escuchó el segundo movimiento de Peer Gynt, «La muerte de Aase», y los violines apretaron con su tempo de andante doloroso para pasear a hombros, hasta el cementerio, a esa melodía lenta, desgarradora, desolada, vacía, desnuda y resignada al futuro que llamaba a la puerta.

Después del pésame, del entierro y del duelo sin digestión, la vida del pueblo fue dura y contundente, como la música de Wagner.



2

Flora Rey camina con sus tres hijas por la vía del ferrocarril. Camina sobre la vía porque sabe que hoy no pasará ningún tren. Desde hace un mes y medio hay una guerra y cada extremo de la línea está en poder de un bando, por eso está segura. De repente, se detiene sobre el ardiente balasto y gira la cabeza hacia el pueblo que se queda atrás. Busca a su padre. No lo ve. Las mellizas, ajenas a este hecho, siguen avanzando, pisando sobre las traviesas.

A su alrededor casi todo es amarillo: el pasto agotado, después de un larguísimo verano, pelado al cero por el ganado hambriento, los caminos que conducen a cualquier sitio, el polvo que se levanta al paso de los zapatos, el sol inmisericorde de la tarde, los vacíos de escoria de la antigua fundición... Lo que no es amarillo es verde apagado: los chaparros, las retamas, las higueras de hojas lacias, las chumberas, las adelfas del arroyo... Los colores no invitan al optimismo: amarillos apagados, verdes apagados... También se ven colores vivos, porque el pinar que hay detrás del pueblo está ardiendo. Una bomba ha tenido la culpa. Las llamas, de un naranja intenso, se pasean por las copas a gran velocidad. Nadie intentará apagarlo.

Flora se detiene; las alpargatas que calza se recalientan aún más y apenas la pueden aislar del fuego que desprende la tarde y que le sube por debajo de su raída bata de cuadritos de Vichy. El calor se recrea en sus entrañas hasta que decide subirle a la cabeza, en donde se transforma en dolor. Tiene mejores ropas. En su baúl guarda otros

bambos, otras batas más nuevas y unos pocos delantales que le hizo Trini para que no se manchase con el cántaro cuando fuese a acarrear agua al pozo de la Fuente. También hay un par de vestidos, una rebeccas de entretiempo, unos zapatos buenos y el abrigo de las grandes ocasiones. Todo se ha quedado atrás. Ha tenido el tiempo justo de agarrar a sus niñas y salir corriendo. El calor se mezcla con la efervescencia de su cerebro que intenta procesar todo lo ocurrido y adaptarse rápidamente a las circunstancias dramáticas que está viviendo.

Hace apenas un par de horas Flora charlaba con su vecina Trini de lo que iban a comer. «Un gazpacho de patatas», le dijo Flora, como si Trini no supiera que todos los días del verano comen gazpacho de patatas. El gazpacho se ha quedado puesto en la mesa. Sin tocarlo, echado en los platos esmaltados de porcelana que le regaló su tía Luisa cuando se casó. Solo faltaba migarlo con las patatas fritas y comerlo. El gazpacho siempre lo prepara su padre. Flora no tiene paciencia. Ella solamente fríe las patatas. En un ritual diario, que nada tiene que envidiarle al del cura cuando celebra la liturgia de la eucaristía, su padre, vaso de vino en mano, prepara todos los ingredientes sobre una mesita baja de madera, se sienta en el taburete al frescor que entra por la chimenea, se coloca el dornillo, que le hizo Luciano, entre las piernas y, con mucha parsimonia y en el orden que aprendió de su padre, que a su vez lo heredó de su abuelo, comienza a machacar las almendras con el ajo, la sal y la miga de pan. Después va añadiendo aceite poco a poco, moviendo el machacador siempre a derechas, como las agujas del reloj. Su padre dice que si lo haces al revés se puede cortar. Flora no entiende cómo se puede cortar el gazpacho por moverlo de una manera u otra, pero el que sabe es él. De vez en cuando descansa echando un trago de vino. El vino también es ingrediente imprescindible para hacer un buen gazpacho de patatas. Después de un rato, la mezcla empieza a crujir, pidiendo más aceite. Así, una y otra vez, hasta que hay la cantidad suficiente para añadirle el agua, el vinagre y corregirlo de sal. Así de fácil y así de complicado y trabajoso.

Hasta ese momento, la posibilidad de tener que salir huyendo del pueblo con el tiempo justo de agarrar a la vida y a sus criaturas no se le había pasado por la cabeza.

Todo el pueblo está huyendo. Los moros dan mucho miedo. Flora no sabe si serán ciertas las historias que cuentan de ellos. Dicen que a la que pillan le cortan los dedos para quitarle las sortijas o le arrancan los zarcillos de las orejas, y si no llevan ni sortijas ni zarcillos, las fuerzan delante de sus hijos. No se va a parar a comprobarlo. Flora no lleva ni sortijas ni zarcillos. Espera que, cuando vuelva, los que le dejó su madre antes de morir sigan escondidos, como siempre lo han estado, detrás de la cómoda de la habitación. Dicen que los moros están al caer, dicen que los han visto subir por las laderas de Cerropiedras con sus caras renegridas y sus trapos enrollados en la cabeza. Dicen que no conocen el miedo. Flora sí.

Isabel, la más pequeña, cogida en brazos, con el culo al aire (a Flora no le ha dado tiempo de ponerle las gasas), y con los ojos medio cerrados, intentando amoldarse al sol que le cae derecho, observa, desde la ingenuidad de sus trece meses, cómo la carretera de Extremadura, que va paralela a la vía del tren, está llena de gente. Andan muy rápido. A algunos sí les ha dado tiempo de recoger algo. Llevan colgados sus hatillos, sus fardos a la espalda. Huyen las mujeres con sus hijos, los ancianos con sus nietos, algunos hombres con sus mulos y muchos milicianos que ayer paseaban eufóricos por las calles y reían y cantaban y saludaban continuamente con el puño en alto y lanzaban vivas a la República y muertes al fascio. Ayer parecían invencibles; hoy se están retirando, se han amilanado de golpe como el perro que se asusta de la escopeta del cazador y empieza a temblar agachando las orejas y metiendo el rabo entre las patas. Se les refleja el mismo miedo en la cara que al resto del pueblo. Se han dado cuenta de golpe de que ni sus monos azules a estreno ni sus gorros cuarteleros les protegen, y que los fusiles recién recibidos de Madrid no les otorgan más valor del que tenían hace unos días cuando llegaron armados con escopetas viejas. Ahora ya no están dispuestos a echarle a la muerte una partida al tute. Los toros se ven muy bien desde la barrera, pero dentro de la plaza acojonan sus cuernos, sus quinientos kilos y su bravura.

Flora se enfada. Se tendrían que haber quedado para protegerlos de los moros, como ha hecho su padre y otros muchos. Bueno, da igual, también entiende que son personas normales, no son soldados y que

tienen el mismo derecho que los demás a tener miedo y salvar el culo. No todos son tan valientes o tan insensatos como su padre. Recuerda lo que le oyó el otro día a uno de ellos. Decía que perderían la guerra porque cada uno hacía lo que le salía de los huevos, que no había quien ordenase ni quien obedeciese. «Ojalá se equivoque», piensa Flora.

De repente aparecen tres camiones. Todo se revoluciona. Todos se arremolinan alrededor intentando subir. Un par de milicianos se pelean con Ildefonso Cruz y su mujer por ver quiénes suben antes. Ildefonso Cruz es inconfundible. A sus casi setenta años todavía mide cerca de dos metros.

Flora no intenta acercarse a los camiones. Dedució acertadamente que son pocos para tanta gente. Además, no se quiere mover de allí. Desde la carretera no vería el principio de la calle por la que han salido. Perdería el ángulo y la última conexión con la esperanza de ver aparecer a su padre.

Rosa, una de las mellizas, le tira de la bata y le dice que no se pare, que las piedras queman mucho. Teresa, la otra melliza, va unos metros por delante. Está enfadada porque se ha acordado de que se ha dejado atrás su muñeca. Tiene la mirada baja y los labios apretados. Flora le dice que se espere y gira de nuevo la cabeza hacia el pueblo intentando adivinar, entre el ruido apocalíptico de los bombarderos ligeros Breguet y las columnas de humo que emergen del pueblo, la figura de su padre acercándose, uniéndose a ellos en su huida hacia la paz, hacia la vida.

Allí se queda la suya, veintiséis años para Navidad, sus sueños, sus fracasos y su padre. Su padre y las niñas son lo único que le queda. También tiene dos hermanas, pero viven lejos. Hace mucho que no las ve. Teme por su padre. Siempre ha sido un hombre de sorpresas de última hora; puede ser que aparezca. Es lo que la mantiene unida con la mirada al pueblo que se queda atrás.

Sí, siempre ha sido un hombre de sorpresas de última hora, como la de aquella noche de hacía muchos años cuando, estando ya acostadas las tres, en modo sardina en lata, dos en la posición lógica y ella, la más pequeña, en medio, con la cabeza en los pies de sus hermanas, convencidas de que los Magos de Oriente se habían olvidado de ellas y habían pasado de largo, apareció con tres muñecas peponas. Dijo

que los Reyes Magos se habían equivocado de casa y que le habían mandado recado para que fuera a recogerlas. La felicidad de Flora apenas duró dos semanas, hasta que Gloria, la mediana, metió a su muñeca la cabeza de cartón piedra en el barreño de lavar. Nunca supieron de dónde había sacado las doce pesetas que le costaron; el precio se lo confesó su padre años más tarde. Siempre fueron conscientes de que era un lujo que no se pudo permitir en aquellos tiempos. Ahora tampoco. A lo mejor los Reyes Magos existen de verdad. Ojalá apareciesen ahora, aunque fuese sin regalos, y la despertaran de este mal sueño.

Rafael Rey es un hombre de sorpresas de última hora y de palabra, de primera. Le ha dicho que no se irá, que se queda a luchar, que es su obligación, y que cuando dice cesta, es con asa, y no hay más que hablar.

«¿Y yo no soy tu obligación, y las niñas no son obligación tuya?», le ha preguntado Flora. La contestación no la ha podido replicar.

«¿Mi obligación? ¡Por supuesto que sois mi obligación! Esto está por encima del inmenso amor que os tengo. Por eso lo hago, por amor y porque quiero que viváis mejor de lo que yo he vivido. Tengo que defender a la República, porque ahora se respira mejor y los niños van a la escuela en vez de a la mina, como lo tuve que hacer yo con diez años, y aprenden, y no son unos analfabetos, como lo soy yo. Ahora hay libertad. Tú eres libre, que no se te olvide nunca. Gracias a la República te has librado del mal nacido de tu marido. Si ganan los otros, las mujeres iréis para atrás como los cangrejos. Todo lo que estamos consiguiendo no valdrá para tus hijas. Con la República hay futuro, con los otros, volveremos de nuevo a los Borbones o a Primo de Rivera conchabado con ellos, que no sé qué es peor, alejados de la realidad de su país, al hambre, a la miseria y a la humillación. Esta es mi tierra, aquí nací, aquí naciste, aquí tengo enterrados a mis padres y a mis abuelos. El carbón está en cada centímetro de mi piel y de mis pulmones, no puedo renunciar a ello. Este es mi sitio y lo defenderé hasta las últimas consecuencias. Por mi tierra, por mis nietas y por ti, que sois mis obligaciones, me quedo y luchó». Después de decir esto, ha cogido la escopeta y la canana y ha salido corriendo.

El tiempo que está gastando Flora, esperando a que aparezca su padre, no es suyo, no le pertenece, es de sus hijas, de sus vidas, de su

futuro. No sabe por qué sigue esperando, si es consciente de que no va a aparecer. El eco de los disparos y las explosiones, aunque suena lejos, llega nítido a sus oídos.

Teresa, entre pucheros, le dice a su hermana que le dan miedo los cohetes de la feria. Rosa le contesta que no son los cohetes de la feria, que es la guerra, que se lo ha oído esta mañana a Nicanora.

«La alcahueta de la Nicanora se podía haber metido la lengua en el culo», piensa Flora.

El corazón le susurra que le dé una última oportunidad a la razón, que esto no puede estar pasando, que aguante la mirada un par de segundos más y ¡chas!, su padre aparecerá avanzando hacia ellas.

Flora levanta la vista. El sol se alza en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados, como si quisiera dar un último destello de esperanza antes de que la oscuridad de la guerra se cierna sobre ella, como si quisiera prometer otros amaneceres felices que no podrá cumplir. Entonces, un avión la sobrevuela. Durante un instante le consuela la sombra que proyecta. Segundos después deja caer un par de bombas que caen por la zona del mercado. Solo entonces despierta. Aprieta los labios y siente la incertidumbre en su pecho. El instinto se apodera de su voluntad y le obliga a dar media vuelta y correr como una perdiz, abriendo las alas para proteger y guiar a sus polluelos asustados lejos de los zorros.

Las lágrimas amenazan con brotar, pero se obliga a mantener la compostura. No puede permitirse flaquear; tiene que proteger a sus hijas. Así, con el corazón en un puño y la mirada fija en el horizonte, Flora Rey avanza con la determinación de sobrevivir a una guerra que empieza a romper todas las armonías y a dejar cicatrices profundas en el alma de un pueblo.

Por delante, la vía del tren, que parece una culebra de escalera que se despereza lentamente, le marca el camino de la huida, de la vida. Sus raíles se pierden a lo lejos paralelamente intactos, derramando espejismos en el horizonte ardiente de primeros de septiembre.

Flora no sabe qué cenarán hoy, no sabe dónde dormirán, no sabe qué será de ellas mañana, no sabe si volverá a ver a su padre, o a ponerse los zarcillos que le regaló su madre antes de morir. Tiene miedo, mucho miedo.

3

Pura, la Ciega, vio lo que Flora Rey tuvo delante todo el tiempo y no quiso o no fue capaz de ver. Lo vio Pura, la Ciega, y medio pueblo.

—No te conviene el Melitón. Tiene mala sangre —le dijo una mañana de verano cuando Flora apareció en su casa dando voces, como siempre, preguntando si quería que le trajese algo del mercado.

—Ven, siéntate un ratito, aquí, a mi lado.

—Pura, no me enredes que tengo prisa. Me van a cerrar el puesto y tengo que ir a hacer los mandados.

—Un ratito nada más, que llevo toda la mañana sola. Anda, mi niña, solo un ratito.

Flora acabó sentada al frescor de la parra del patio, sucumbiendo, como siempre, a los hechizos de Pura.

—No te conviene el Melitón. Tiene mala sangre. Se le nota en la cara —le repitió.

—Pero Pura, ¿cómo puedes verle la cara? Despues no quieres que te llamen bruja. Te lo buscas tú solita —dijo Flora sonriendo.

—No la puedo ver, pero no hacen falta ojos para saber qué cara tiene una persona con el alma corrompida. Hace falta nariz, eso se huele —le contestó con un tono serio e incluso preocupado—, igual que el agua estancada, igual que los chivos cuando los tienen más de dos días colgados sin venderlos.

—Conmigo no es malo, Pura. Sabes cómo es el pueblo. La gente habla demasiado.

—Flora, cuando el arroyo suena es que lleva agua, y tú estás intentando cruzarlo por el sitio más hondo y, encima, sin saber nadar. Te vas a ahogar. No sabes nada de la vida todavía, quédate de momento en la orilla, hasta que llegue un barquero apañado y te cruce.

—Pura, los ríos grandes llevan más agua y no suenan, solo se oyen los arroyos. En el pueblo hay demasiadas alcahuetas.

—Aléjate de él. Tú te mereces a alguien mejor.

—Te he dicho que conmigo no se porta mal. Tiene su carácter, pero es muy trabajador y me quiere.

—¿Cómo sabes que te quiere?

—Me quiere, Pura, me quiere. Ya vale.

—Solo te quiere para saciarse y porque eres bonita. Cuando te preñe y te pongas gorda y fea, te dejará. No lo conoces y no te quiere y no se trata de no portarse mal, se trata de portarse bien, que es muy distinto. Contigo no se porta bien. ¿Te dice cosas bonitas?, ¿te regala flores?, ¿te acaricia?, ¿te sonríe sin venir a cuento? Tú no eres feliz, ni lo vas a ser.

—Pura, como sigas en ese plan, cojo la puerta y me largo —dijo sintiéndose acorralada.

Pura, que se dio cuenta, le cambió el tercio con delicadeza para que se relajara y se cansara, igual que se tenía que hacer con el barbo grande enganchado en un sedal fino.

—Anda, prepárame un cocitorio de manzanilla. Hazte tú otro si quieres. La talega está colgada detrás de la puerta y el colador, encima del fregadero. No te olvides de echarle un chorreón de anís y mira de paso si el canario tiene alpiste y agua, que lleva toda la mañana sin cantar.

Flora accedió y se adentró en la pequeña cocina de Pura. Al destapar la talega de la manzanilla, su intenso y gratificante olor se extendió por toda la estancia, compitiendo de tú a tú con el de los jazmines del patio, y le hizo recordar por un instante aquellas mañanas de principio de verano en las que iba con su padre a segar el poleo y la manzanilla en los arroyos cercanos. Madrugaban, llenaban las talegas y volvían para desayunar cuando el pueblo todavía se hacía el remolón en la cama.

—Siéntate a mi lado, más cerca.

Flora acercó la silla de anea hasta casi meterse en su regazo.

Pura arropaba el vaso humeante del que ascendían los efluvios vaporosos de la manzanilla que se mezclaban con el olor de los jazmines y con el canto del canario que había arrancado a trinar nada más ver a Flora aparecer por la cocina. Pura bebió y soltó el vaso para colocar sus manos ardientes sobre las de Flora. Buscaba entre los pliegues más minúsculos de sus falanges alguna pista que cargara de verdad su intuición adivinatoria. Como no encontraba nada, empezó a escalar por el brazo y por el hombro buscando la cara. Paseó su tacto por cada poro, recreándose en la barbillas y su perfil suave, como las colinas desgastadas de aquella zona de la sierra, en los labios grandes, en su pequeña nariz, en los pómulos temerosos que no se querían hacer notar. De pronto, se detuvo en los huecos de los ojos y sus dedos se volvieron inseguros y temblorosos.

—Tú estás preñada —le soltó de golpe.

—Pura, cómo voy a estar preñada, ¡qué cosas tienes! —contestó Flora a carcajada limpia.

Pura bajó sus manos, hurgando rápido entre los botones del bambo hasta colarse en su vientre.

—Tú estás preñada y ojalá no sea de ese malnacido. Tus ojos no me engañan y tu barriga menos.

—Pura, yo no estoy preñada y si lo estuviera..., pues a su casa vendría la criatura, y cállate, porque me pones el cuerpo malo.

—El que te ha puesto el cuerpo malo es ese sinvergüenza, no yo. Tu cuerpo se revuelve por dentro, por eso, no por mis palabras.

El barbo no estaba lo suficientemente cansado y, de un coletazo seco y certero, cortó el sedal y salió a la calle para nadar corriente abajo mientras, desde el fondo de la casa, Pura le voceaba que le trajese un pedazo de tocino añejo y un cuartillo de garbanzos.

Al oír las voces, el canario comenzó de nuevo a cantar.